

gica, á mas de que la esposicion de dichos métodos, es continuar y completar la del sistema á que pertenecen.

## CAPITULO XI.

### *Exposicion del método antiflogístico.*

La palabra *antiflogístico* se compone de los dos radicales griegos; *anti*, contra, lo opuesto; y *flego*, yo quemo. Se llaman tambien antiflogísticos los medios de tratamiento de las inflamaciones, entre los cuales figuran principalmente la sangría, la dieta, el reposo, las bebidas dichas refrescantes, las sales neutras etc.: como destructores presuntos del flogisto ú flogiston, nombre que dá Sthal á la materia del fuego. De donde enfermedad flogística, enfermedad inflamatoria, é inflamacion, son sinónimos que denotan, *quasi flammis comburi*. Este término que se inventó en la infancia de la medicina, no se halla á la altura del siglo: está fundado sobre comparaciones inexactas, por eso Mr. Andral lo ha desterrado enteramente de su anatomía patológica, y Mr. Magendie se declara á cada paso contra él en sus escritos, sobre los fenómenos físicos de la vida. Sin embargo, mientras no se le sustituye otro mas conforme á lo que por él se quiere representar, habremos de conservarlo (bien que sin la idea de incendios ni de llamas) para designar aquella modificacion del organismo, caracterizada por el calor elevado sobre el grado

normal, dolor, tension y rubicundez de la parte afecta: fenómenos que todos vemos y conocemos, aunque no podemos descubrir el supuesto fuego ú flogiston que se les dá por causa, ni el cambio oculto que ha sufrido el estado de nuestra vida, y motivó aquellas alteraciones visibles, únicas de que nos dan conocimiento las observaciones microscópicas sobre la patogenia, y que en el estado actual de la ciencia nos pueden ilustrar sobre la naturaleza de estas enfermedades.

Examinando por medio del microscopio, una inflamación artificial ocasionada por una herida, se vé segun Kaltembruner: «Que á luego de hecha » esta, se produce un movimiento acelerado y un » abultamiento ú aumento de volúmen en la san- » gre de los vasos mas inmediatos á la herida, des- » de donde se van dilatando á una distancia mas ó » menos grande. En algunos vasos pequeños pró- » ximos á la herida, está desordenado el movimien- » to de la sangre, abandona algunos mientras en » otros se precipita en cantidades irregulares, en » otros aun se va á mezclar ó confundir con el pa- » renquima y forma en el pequeñas islas de san- » gre. Al mismo tiempo el parenquima se abulta.»

Este estado manifiesto por las mutaciones que ha producido la herida, dependientes de su gravedad es evidentemente morbosó, y Kaltembruner le llama *inflamacion morbosá*. El mismo ha observado que para curar esta inflamacion morbosá, es necesario *en todos casos* que la reemplace un estado absolutamente análogo, que él llama *inflama-*

*ción curatriz.* «Impelidos, dice, por el movimiento acelerado una multitud de glóbulos, son he-  
 » chados á fuerza de sacudimientos acá y allá, fue-  
 » ra de sus vasos y se esparcen en el parénquima  
 » de la parte inflamada. Entonces se forman allí,  
 » ciertas como manchas ó islas de varias dimensio-  
 » nes de color rojo vivo. Muy pronto despues, la  
 » herida se vé rodeada de dichas islas; el parén-  
 » quima en los intersticios se abulta rápidamente.  
 » Este fenómeno que no se muestra hasta el último  
 » período de la inflamacion, y que tiende sin cesar  
 » á acercarse al centro, corresponde exactamente á  
 » la inflamacion morbosa, y es el que poco á poco  
 » vá haciendo desaparecer las mutaciones morbo-  
 » sas que pertenecen á esta última.»

Semejante hecho evidenciado da ocasion á las reflexiones siguientes. En la inflamacion la aumentacion de vida arterial acaecida en una sola parte del cuerpo, turba y pone en desórden todas las otras actividades. La naturaleza se esfuerza en reparar este desórden, escitando reacciones convergentes dirigidas á hacer cesar esta desarmonía. La sangre se precipita, en una cantidad muy extraordinaria en los vasos de la parte afecta, los estiende, los dilata, los abulta y bien pronto falta en los vasos normales espacio que la contenga, y se forman otros vasos accidentales. La sangre que allí se acumula, se detiene y ya no circula; forma manchas ó islas visibles á través de la piel, presentando un color rojo encendido; se encuentra en cierto modo fuera de las leyes de la circulacion general, for-

mando un nuevo sistema circulatorio peculiar. La misma sangre arterial que en el estado normal muda de naturaleza, que se convierte en sustancia celular, que se metamorfosea y sacrifica para el sostenimiento diario del organismo, se dirige con preferencia y en mayor cantidad que de ordinario á la parte inflamada conservando su cualidad para estender allí su predominio. Este predominio de la sangre arterial sobre la parte inflamada, engendra desarmonía en las acciones orgánicas y turba la vida vegetativa, así como tambien la de los nervios en sus funciones, segun lo prueban la nutricion suprimida, las secreciones y las escreciones disminuidas á proporcion.

Cuanto mas atracada y regurgitando de sangre se halla la parte inflamada, otro tanto escasean de ella las otras partes del cuerpo, y decaen de su actividad ó escitacion. A la naturaleza corresponde ocurrir á aquella falta de aflujo sanguíneo en dichas partes, y remediar su defecto de actividad dando en ellas nuevo vigor á las funciones de la vida plástica y nerviosa abatidas por el predominio de la vida arterial en la parte inflamada. Y cuando las reacciones que la naturaleza emplea para restablecer el equilibrio orgánico ó la salud, no bastan á conseguirlo, entonces toca al médico ponerse al lado de la naturaleza, ayudarla en sus esfuerzos, no contrariarla ni debilitarla, como acostumbra la escuela ordinaria, sino secundar sus esfuerzos, escitándolos cuanto convenga y sosteniéndolos cuanto es necesario.

De este modo entiende y explica la homeopatía, la irritacion inflamatoria. Ya se ha visto que para formar el diagnóstico morbozo, no se ha servido de suposiciones gratuitas, mas bien de los ojos ayudados del lente, y que conforme á los informes suministrados por este sentido y de su razon armada de una lógica severa, determina el tratamiento de la inflamacion, del mismo modo que determina el de las demas enfermedades, porque en homeopatía no se usan hipótesis, contradicciones ni inconsecuencias, todo es racional, consiguiente y exacto, enlazado armoniosamente entre sí y con el principio general de la doctrina.

Una vez establecido y comprobado este hecho patológico ¿la aplicacion del principio homeopático y su justicia, puede estar mejor probada que por estos descubrimientos microscópicos? Si se me responde afirmativamente, me creeré en derecho de volver á preguntar. ¿El método antiflogístico de la escuela médica ordinaria, tiene una base anatómico-fisiológica, tan sólida como el de la homeopatía? Un no sin restriccion deberá ser la respuesta, porque la escuela alopática no apoya su patogenia en estos descubrimientos.

La homeopatía, despues de erigido el diagnóstico morbozo segun ellos, levanta á su lado el diagnóstico medicamentoso. Cerciorada como está por la razon y la esperiencia diaria, de que el antiflogístico verdadero, directo es solo aquel que tiene el poder de borrar la flogosis ó inflamacion y de que el nombre que se le quiera imponer, no es

capaz de darle la virtud que no tiene, sin cuidarse de él, busca en su memoria y cuando hay necesidad, en la materia médica homeopática, aquellas sustancias dotadas de la facultad, de producir en el hombre que goza salud una inflamacion artificial, semejante á la natural que quiere curar: en seguida, de entre las que tal escrutinio le ha presentado como apropiadas al efecto, reelige la mas análoga al estado morbozo natural, considerado en su causa ocasional, cuando es conocida, en su caracter, síntomas, curso y demas circunstancias accesorias. Acabado este trabajo, está en posesion del antiflogístico directo verdadero, que seguramente curará la inflamacion dada sin deteriorar el organismo; con pérdidas abundantes y repetidas de sangre, y sin tener que valerse de otros procedimientos, que al paciente que por fortuna se sustrajo á la muerte, le hacen arrastrar su penosa existencia, por mucho tiempo en estado de convalescencia.

Al homeópata la fisonomía de la enfermedad, asi examinada, confrontada con la fisonomía de cada medicamento de aquellos que halló capaces de producir otra semejante, le dirá claro, cual es el que mejor que todos los otros, ha de desempeñar su cualidad de antiflogístico relativa al caso presente. Tómense por ejemplo, la pleuresia de los nosologistas, aunque esta ú otra denominacion nada importe al homeópata, á quien nada dice ni puede decir acerca de la eleccion del remedio, al paso que la indagacion que se acaba de reseñar le reve-

lará con certeza, que si v. gr. la sustancia plástica domina en la inflamacion sobre la serosa, ó la enfermedad tiene un caracter, como suele decirse, inflamatorio bien decidido, y por consiguiente principia, como de ordinario sucede, por una fiebre violenta, *aconitum* será el antiflogístico directo, si por otra parte los demas síntomas que forman algun grupo, de los representantes de la inflamacion artificial, se hallan en relacion de analogía con los característicos de la enfermedad.

Cuando la pleuresia reconoce por causa una violencia esterna, permaneciendo tambien como en el caso anterior, iguales las demas condiciones, es decir, en competencia de otro medicamento, del que corresponda igualmente al parecer, al grupo de síntomas morbosos que caracteriza la pleuresia, algun grupo ó grupos de sus fenómenos patogénicos, deberá preferirse *arnica* por ser mas poderoso en las enfermedades, cuyo principal síntoma consiste en la estancacion de líquidos, cuya absorcion favorece.

El mismo procedimiento le señalará en *arsenium album* un poderoso medio para los casos de estancacion serosa. Sus efectos benéficos se declaran entonces por una notable disminucion de la disnea, en seguida por la destruccion de las congestiones hidrópicas, si existen, como tambien por la sedacion del movimiento febril, y finalmente por la reabsorcion de la congestion serosa. Aun cuando estas mutaciones benéficas, se hagan esperar algo mas de lo ordinario, el homeópata ejercitado

tendrá seguridad de que se verificarán si durante el uso de esta sustancia aumenta de un modo perceptible la cantidad de orina.

Verá que *Brionia* ocupa un buen lugar tambien en el tratamiento de la pleuresia, pero que no debe administrarse al principio de él, sino despues que *aconitum* haya hecho cesar, ó á lo menos, rebajado considerablemente la fiebre, quedando todavía dolores en el acto de respirar ó al mudar el cuerpo de posicion.

En igualdad de circunstancias hallará conveniente á *carbo vegetalis*, cuando la crisis de la sangre se manifiesta mas alterada, principalmente en las formas de mayor peligro y gravedad que toma la pleuresia, cuando ya es muy grande el enmagrecimiento del enfermo, la postracion de fuerzas, su rostro está descolorido y de color de tierra, se presentan crecimientos febriles por las tardes, y varios fenómenos nerviosos anuncian una degeneracion purulenta ó icorosa de la secrecion pleurítica. Cuando á la pleuresia se agrega una bronquitis crónica, este medio hará grandes servicios.

El mismo exámen comparativo le revelará que *china* conviene casi en los mismos casos que *carbo*, pero se preferirá á él, cuando la grande debilidad que se nota en el enfermo, es consecuencia de escesivas evacuaciones que le ha hecho sufrir el tratamiento alopático antecedente.

Si la estancacion es de naturaleza plástica, y la enfermedad durable, ó se sospecha ya desde el

principio una marcha crónica, ó hay complicacion de pericarditis *Hepar. Sulph. cale.*, le será de suma utilidad.

En los casos en que la pleuresia proviene de una exaltacion de la actividad secretoria, serosa de la pleura, sin concurso de obstáculos mecánicos, como v. gr., la insuficiencia de las válvulas del corazon, concederá el práctico homeopático la preferencia á *digitalis purpurea*.

Que de *ipeacuana* deberá servirse como intercurrente contra los accesos fatigantes de disnea y de tos espasmódica.

Que *phosphorus* le será de grande utilidad en las pleuresias, en que el grado de escitacion de la vascularidad, predomina notablemente, haciéndose mas importante que las congestiones pleuríticas, y cuando la enfermedad se complica de pneumonía ó de bronquitis.

Del mismo modo reconocerá en *sulfur* un específico muy seguro en la pleuresia plástica, administrándolo desde el principio, ó inmediatamente despues de *aconitum*. Asimismo (siempre, si conviene tambien en las otras circunstancias) cuando la fiebre no es tan intensa, que exija principiar la curacion por *aconitum*, tendrá por conveniente dar á gotas, desde luego, la tintura de azufre, y repetirla con frecuencia, lo que de ordinario basta para curar la enfermedad en poco tiempo. Si la fiebre es muy violenta, y esto le decidió á usar del acónito ante todo, pero no produjo una pronta disminucion de ella, deberá prescri-

bir sulfur sin tardanza. En la pleuresia complicada de pneumonía, que se prolonga por muchos dias, y cuando quizá ya ha principiado la hepaticacion, aunque la fiebre sea alta, nada tendrá que esperar de *aconitum*, y sí todo de *sulfur*.

En la pleuresia complicada de bronquitis y expectoracion mas difícil, le será ventajoso *Tart. Stib.*

La contemplacion atenta, y la exacta apreciacion de los signos suministrados por el estetoscopio, el plesímetro, la auscultacion inmediata, y las demas condiciones físicas del estado de los órganos pneumónicos, percibidas por los sentidos, y sometidas al raciocinio justo, nada hipotético, le pondrán de manifiesto la forma individual que reviste la pleuresia que tiene á la vista, y los rasgos dominantes que deben determinar la eleccion del remedio, prefiriendo aquel que mas constantemente, y de un modo mas decisivo, entre las cualidades comunes á los demas, que el primer escrutinio dió como igualmente convenientes, presente uno de los rasgos arriba mencionados, única diferencia que haya entre él y los demas dichos medicamentos, que fuera de este, en los demas fenómenos patogenéticos, armonizan como él con el carácter, naturaleza, curso, síntomas, y restantes condiciones, ó modos de manifestacion.

Entonces el médico administrando á dosis é intervalos convenientes, el remedio asi elegido, y educado conforme á las reglas de la farmacopea homeopática, sin torturar á su enfermo, como lo

hace la otra escuela, con brebajes repugnantes, con cantáridas, sinapismos, etc., y sin debilitarle con pérdidas frecuentes y enormes de sangre, tiene la seguridad de restablecerle la salud pronta, completa, y durablemente; no habiendo necesidad de convalescencia, por no haber dado lugar á la enfermedad de trabajar al enfermo, hasta el punto de tener que pasar por este penoso estado, despues de desterrado el mal.

Tal cual hasta aqui aparece, es el método, que si se quiere, llamaremos antiflogístico, conforme al gusto de la otra escuela, que la homeopática tiene de curar las inflamaciones, y aunque de él solo se ha dado un bosquejo asaz rápido, creo que sin embargo bastará para que los no médicos de entre mis lectores, juzguen y comparen ambos métodos, y puedan con justicia y conocimiento de causa, apreciar el valor de uno y otro, y conceder á cada uno la estimacion que merezca. Con este designio voy á proseguir poniendo á la vista los procedimientos con que la escuela alopática desempeña el tratamiento de las inflamaciones, y fundamentos en que apoya su conducta.

Al comenzar la esposicion del método llamado antiflogístico, hemos ya dicho que semejante nombre envuelve la idea de fuego ú de incendio, á que mal á propósito se quiere atribuir el estado morboso, que continuamos llamando *inflamacion*, viniendo esta palabra á ser una traduccion al castellano, de la latina *inflammatio*, que en su acepcion rigurosa significa arder con llama. Ocioso se-

rá manifestar, que el creerse de hechizos, encantamientos, etc., allá se vá con la creencia de las llamas con que la sangre arde, porque asi lo ha soñado la alopatía; tales consejas no son tolerables ya en el siglo de ilustracion en que vivimos, y deben, por tanto, desterrarse al pais de las quimeras.

Los estravíos científicos médicos de aquellos siglos de ignorancia y de oscuridad, no pueden sin deshonra conservarlos los hombres eminentes atareados en dilatar los límites de la ciencia médica: bien mirada la cosa, unos actos de fé tan groseros, son muy feos borrones, con que manchan su mérito aquellos mismos talentos que vemos con placer caminar de adquisicion en adquisicion, de conquista en conquista, aumentando las riquezas de la ciencia de curar. ¡Qué extraordinario contraste no forman aquellas extravagantes hipótesis, tan vacías de fundamento y de razon, conservadas hoy, y colocadas al lado de los brillantes y profundos trabajos de fisiología, y aun mas brillantes de anatomía patológica que nuestra era ha madurado!

Espero, pues, que se me perdonará, si con la franqueza propia de estos tiempos de libre discusion, declaro errores indignos de nuestra época, y les sobrepongo la verdad, que han estado ofuscando hasta ahora con oprobio de la ciencia, y perjuicio de la humanidad.

En esta confianza denuncio al tribunal del propio juicio de mis compañeros alópatas, el error tan